

Cincuenta años del Museo Nacional de Antropología

José Arturo Oliveros Morales*

Provoca impacto hacer conciencia a propósito de lo rápido que pasa el tiempo, tanto en los sucesos generales de la vida diaria como en los proyectos e ideales de nuestras experiencias personales. En toda actividad que realizamos a diario los seres humanos, van involucradas por igual nuestras diferentes formas de ser, sentir y actuar. Eso que se dice y suena tan sencillo: “Han pasado 50 años”, cinco décadas de retos y cambios, es un tiempo que resume otros tantos modos de vivir y, a fin de cuentas, de compartir nuestras experiencias entre los diversos ámbitos personales, ya sean culturales o naturales. De modo individual, yo lo he experimentado y considerado mucho a partir del pasado mes de octubre de 2013, cuando al mismo tiempo cumplí 50 años de trabajar en el INAH. Por esta situación similar, justo ahora que estamos pendientes para conmemorar la inauguración del Museo Nacional de Antropología, desde mi propio existir me siento y me veo involucrado en este evento, al repasar y recordar algunas experiencias diversas, desafíos y circunstancias que de igual manera se han ido integrando a propósito de este otro ciclo que se completa en septiembre del año actual. De esta forma me adelanto a explicar que desde que fui invitado para incluir algunas ideas en este escrito, no he podido dejar de pensar no sólo en tan importante inmueble, sino que por fuerza recuerdo mis modos de ser, sentir y actuar desde entonces, lo cual también me hace sentir apasionado y crítico.

Al señalar esta fecha recuerdo, por ejemplo, que hacia el inicio de la década de 1970 surgieron en el Distrito Federal varias preguntas a propósito de lo que parecía ser sólo un rumor:

–¿Que se va a construir otro museo?

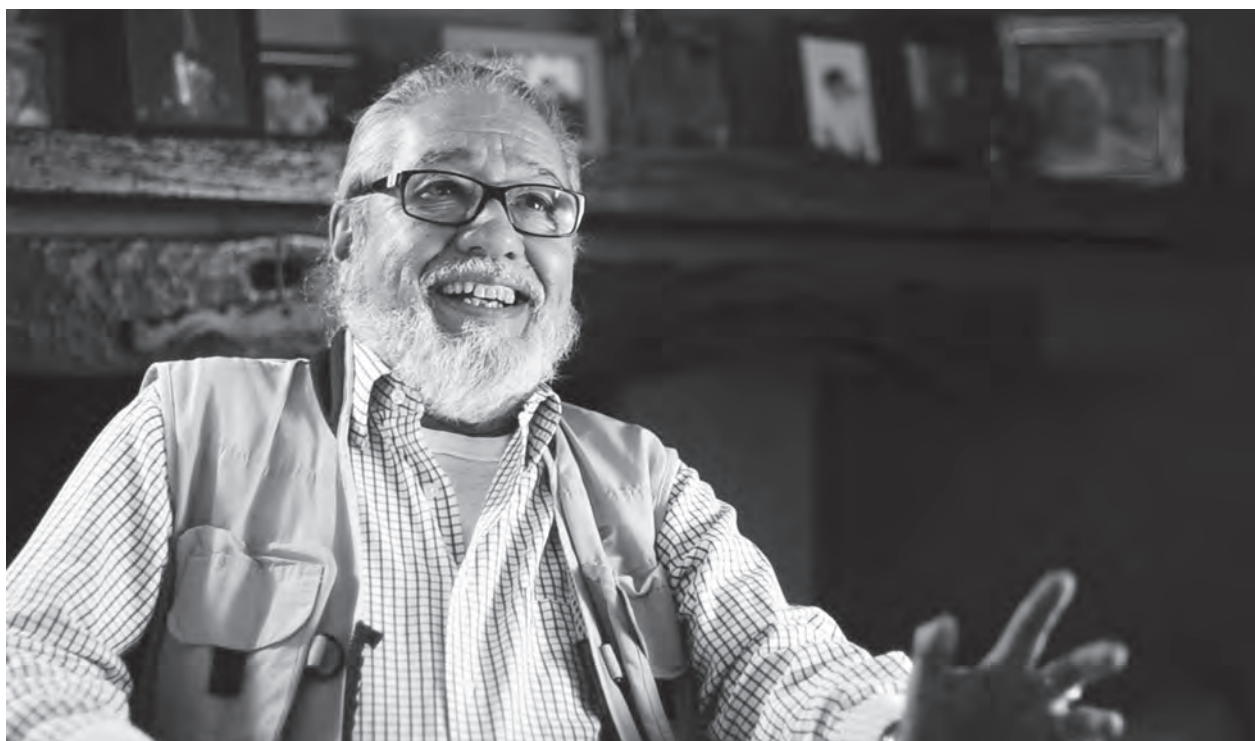
Una interrogante de la cual surgía de inmediato otra habladoría:

–Pero si hay varios museos y nadie los visita; además, ahí, en el centro, está otro: el de la calle de Moneda. ¿Y ahora uno más? ¿Y en Chapultepec? ¿A quién se le ocurre?

De esa manera, en medio de dudas y el escepticismo, rondó la noticia de que justo en ese bosque y frente al Castillo se construiría un edificio para exhibir la historia de México. Esta noticia se extendió por diferentes vías, profesiones y actividades, antes de llegar a entenderse cuál era la idea general de tan novedoso asunto: la construcción de un museo, que en efecto llevaba consigo la edificación de otro inmueble, en uno de los rumbos más caros y populares del centro del país. ¿Y por qué, para qué o para quiénes?

Desde mi propio mundo y expectativas personales de entonces, tales dudas contenían otra serie de preguntas, toda vez que yo era pasante en la Facultad de Arquitectura de la UNAM y además colaboraba en algún montaje escenográfico, justo en la Escuela de Actividades Artísticas del INBA, a unos cuantos pasos de los terrenos en cuestión. Por supuesto que desde el taller donde

* Investigador del Centro INAH Michoacán (oliveros_m@prodigy.net.mx).



practicaba la arquitectura lo mismo surgieron diferentes dudas a propósito de la construcción del mencionado museo de antropología, su planeación y demás objetivos, más allá de exhibir vestigios de las culturas precolombinas.

De manera que, ni mandado a hacer, propuse –y los colegas me encomendaron– averiguarlas razones de tan novedosa edificación, sobre todo a propósito de las funciones que la “nueva antropología tendría en el Distrito Federal”. Ni qué decir que mi propia curiosidad me impulsó a indagar qué se buscaba y de qué trataría este nuevo proyecto apoyado por el entonces presidente de la república, el licenciado Adolfo López Mateos, secundado por el secretario de Educación Pública don Jaime Torres Bodet, y sobre todo con la participación del arquitecto Pedro Ramírez Vázquez, quien en esos momentos era jefe del Departamento de Construcciones de la SEP. ¡Todo un asunto novedoso!

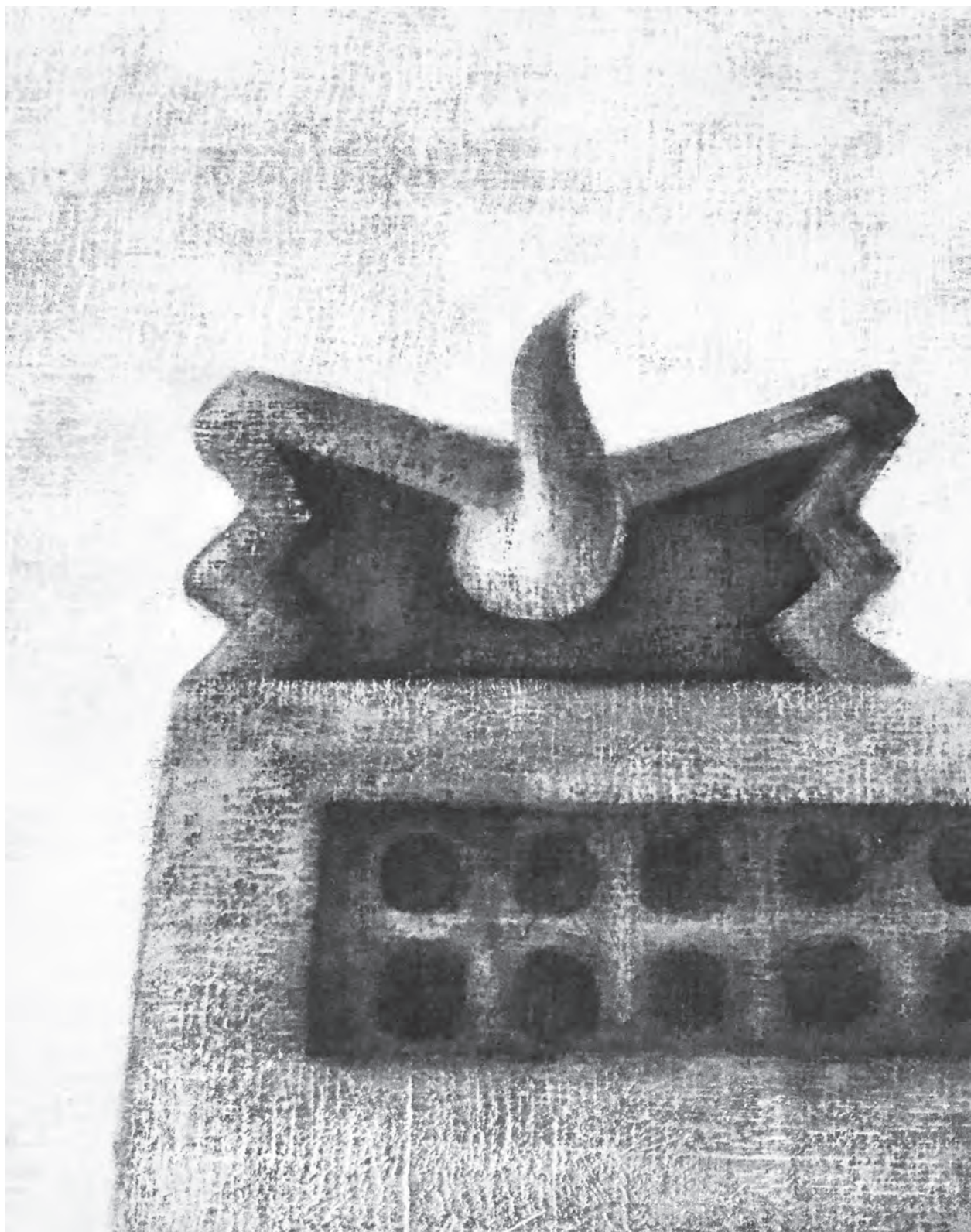
Mi búsqueda comenzó al reubicar ese renombrado museo de la calle de Moneda, justo en el corazón del Distrito Federal. Aquel interesante edificio que algunas veces recorrí con singular empeño, justo por la sala que albergaba los impresionantes monolitos de los cuales asimismo había mucho que aprender, para apreciar una parte de la historia de este país. Lo que no sabía más que de oídas era que justo frente a tal museo existía la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), en el centro de un sugerente bulli-

cio del cual siempre se pensaba que algo se celebraba. Esas elucubraciones me impulsaron a acercarme y adentrarme en el recinto para entender lo que allí sucedía. ¡Oh, sorpresa! En verdad que sí: allí había de todo: movimiento, acción y un interminable transitar de personalidades, no tan conocidas para mí hasta tiempo después, cuando tuve la oportunidad de quedar frente a ellos. Me refiero al profesor Montemayor, director del plantel, a los profesores Jiménez Moreno, Armillas, Vivó, Piña Chan, entre otros. Por supuesto, me organicé para hacer nuevas visitas, ya que además el local se ubicaba en un barrio de todo mi gusto, pletórico de importantes construcciones y dos calles al sur del edificio donde había hecho mis estudios de preparatoria, en la “Prepa 1”. De esa manera, poco a poco me fui enterando de que ahí estaba un semillero cultivado por aquellos famosos investigadores, de quienes sí había escuchado hablar un poco más, como don Paul Kirchhoff, a quien tanto llegué a admirar y de quien mucho aprendí algunos años después.

De modo inesperado “algo” surgió de pronto en mi vida, pues de aquellas visitas “de reconocimiento” y búsqueda de información me atrapó un sentimiento más, de modo que la arquitectura y la escenografía –durante un tiempo mi pasión– se quedaron en un segundo patio, toda vez que ya no pude desligarme de este novedoso hallazgo que ahora se me presentaba “de un tirón”. Tanto así, que de modo inusitado me

sentí otra persona, que quería saber más de todo lo que sucedía allí, frente a mí. Suena drástico, sí, pues en verdad mis compromisos e ideales eran recabar la información que ayudaría a “mi sector arquitectónico” a involucrarnos de alguna manera en ese nuevo sendero.

Tal novedad la vivía yo en los inicios de 1962, justo cuando el tema mayor estaba en la planeación y construcción del proyecto para el comentado museo en Chapultepec. Con todo, la ENAH tenía sus propias búsquedas, sus intercambios de planes, objetivos, ideales y muchos otros retos; tanto así que, sin pensarlo



demasiado, y en vista de que era justo el momento para inscribirse en el siguiente ciclo escolar, en 1963 me integré a la carrera de antropología, a pesar de que tiempo después elegí la arqueología como especialidad. Asimismo continué “brincando” la calle de Moneda para pasar de la escuela al museo y viceversa. ¡Qué aventura! Mis visitas eran cada vez más concretas y abiertas ante las claras opciones que ese tránsito me brindaba. No obstante, todo lo hacía sin estar tan consciente sobre a dónde “iría yo a parar”. En mi indagación, y al visitar una de las bodegas de tal recinto, me encontré con un personal abierto y atento, que al mismo tiempo estaba en busca de ayuda para la catalogación, así que empaqué mis objetos para el próximo cambio a esta institución. Llegué a la Bodega de Etnografía, donde se resguardaba el más impresionante muestrario de textiles y objetos de manufactura indígena americana, que yo desconocía. Como encargadas estaban, entre otros investigadores, las gentiles maestras Lina Odena Güemes y Mercedes Olivera. De inmediato me propuse para ayudar en lo posible y que estuviera a mi alcance, y asimismo para entender algo más sobre ese quehacer antropológico, novedoso para mí.

No pasaron más de dos meses cuando, de tanto curiosear por los alrededores de este museo, igual me enteré de que en otra de las bodegas, la de Arqueología, también se requería de ayudantes para cubrir los mismos retos que conducirían a lograr el cambio de locales. Mientras tanto, el museo proyectado para construirse en Chapultepec seguía “tirando a todo vapor”. Entre mis novedosas búsquedas, las que por ahora había comenzado a escuchar desde mi original escuela me hacían reconsiderar alguna otra especialidad peculiar. De tal manera que, ya como alumno, consulté con la encargada de otra de las bodegas: la arqueóloga Amalia Cardós de Méndez, quien sin pensarlo mucho me invitó a integrarme a su grupo. De este modo mi lista de diferentes conocidos crecía, así como el número de nuevos colegas, entre ellos el arqueólogo Jorge Canseco, ya recibido, y los pasantes Otto Schöndube y Eduardo Corona, con quienes desde entonces llevo una muy buena amistad.

En verdad que hacían falta “manos y ojos” para organizar el acervo cultural precolombino, que a lo largo de varios años se había acumulado en esa inimaginable bodega de rica información arqueológica. Docenas de cajas con verdaderos tesoros de piezas únicas, algunas inclusive sin procedencia clara, las cuales además

incluían joyería hecha en finos materiales que por fuerza tendrían que ir a un recinto especial, antes de poder exhibirse en el futuro museo. Por desgracia no había tanto tiempo para averiguar todos sus orígenes, así que por lo pronto bastaba con describir sus características generales para catalogarlas y definir con claridad la ubicación que tendrían en el nuevo recinto. ¡Cuántos desafíos y compromisos más rigurosos e interesantes!

Por otra parte, y después de la catalogación, quedaba el trabajo de embalaje: dejarlas listas para la mudanza sin perder ningún detalle. ¡Se dice fácil! Con todo, y ya con las fechas bien definidas, los tesoros precolombinos quedaron listos para reubicarse en la nueva bodega o en las diferentes y novedosas vitrinas de exhibición. Lo ya expuesto en el “museo antigüito” tuvo otro manejo, con diversas maniobras en las cuales participaron los investigadores experimentados y museógrafos destinados para tales compromisos. Ahora se exigía un reto más para darle seguimiento a esas actividades. De modo que ni tiempo me quedaba para acomodarlas dentro de mi “gráfico cerebro arquitectónico”, aun cuando, por supuesto, aquella rigidez de mi profesión de origen de alguna manera me auxilió. Allí, muy adentro, se guardaron las búsquedas primarias de ésa, mi práctica universitaria, que tiempo después aflorarían a la primera oportunidad.

El traslado del museo

Por fin llegó la fecha esperada para la mudanza del museo hacia su novedoso destino. Ya había quedado establecido el cambio de las oficinas ejecutivas, las de investigación, exhibición, museografía y control, aunado al traslado de los preciados objetos exhibidos en el museo de Moneda y sus bodegas, para que de igual forma quedaran ubicados dentro de la impresionante construcción que ahora los recibiría. De pronto, con gran sorpresa y muchísimo agrado, me enteré de que yo había pasado a ser otra parte de tan peculiar personal, lo cual, por supuesto, “me hizo brincar de gusto”, toda vez que ahora como nunca pertenecía a un equipo indispensable, ya no sólo en las bodegas, sino también en cualquier rincón del enorme edificio, que se buscaba y exigía que quedara impecable. De igual modo me adentré en la escuela de Moneda, que poco tiempo después también se mudó al nuevo recinto. El cambio en general fue de lo más positivo, aunque asimismo agotador. Con todo, las novedosas relaciones de amistad y la sana curiosidad convirtieron a este tra-

bajo en una actividad en verdad agradable, celosa y por supuesto muy gratificante.

Se multiplicaron las comunicaciones entre el personal de investigación, conservación y nosotros, “el peonaje”, desde ajustar anaqueles, mamparas o vitrinas, hasta definir las secciones culturales o temporales. Como otra indiscutible parte del compromiso, nos aplicamos por igual a disponer las colecciones de objetos tal como se había convenido. A partir de ese momento todo quedó a la vista y al servicio de los investigadores y museógrafos responsables de cada sala. Simplemente era necesario y obligado estar pendientes de cada maniobra, en medio de plomeros, electricistas y otros técnicos de paso: todo un trabajo único, si bien sencillo, aunque por igual riesgoso y muy emocionante.

Las demás secciones del museo se fueron acoplando poco a poco, tanto para las actividades de rutina como por estar destinadas a los servicios especiales dirigidos a un futuro público, variado y desconocido. Entre tales servicios, en el primer piso quedó la estupenda biblioteca y sus archivos, así como las aulas y demás secciones dedicadas al nuevo recinto para la ENAH, la cual, por supuesto, incluyó su peculiar dirección, además de un auditorio bien adaptado y las aulas neces-

rias para diferentes especialidades. En el primer piso, frente a un enorme vestíbulo y justo a la derecha de la entrada principal al edificio, se construyó el auditorio Jaime Torres Bodet. Tal recinto se proyectó utilizando dicho vestíbulo, que además quedó realzado con un excelente mural de Rufino Tamayo, en el cual se representa la dualidad entre el bien y el mal, el día y la noche –*Quetzalcóatl* confrontado a *Tezcatlipoca*-. Este recinto era de mayores y muy confortables proporciones, que al mismo tiempo se adjuntó a una sala para las exposiciones temporales y otros servicios públicos conexos, aun cuando de cierta manera quedaban apartados del museo. La sección de Servicios Educativos e incluso el restaurante fueron pensados e integrados con las demás áreas privadas del inmueble. Con todo, esta última porción, aunque queda “aislada” en un sótano, en verdad quedó bien comunicada con el resto de la construcción.

Concluidos los trabajos, y pasados los momentos de nervios de la inauguración, quienes ya trabajábamos ahí de planta nos encontramos ante otro compromiso general y nuevas obligaciones que asimismo se hicieron presentes. Resurgieron las figuras predominantes para las áreas directivas del museo, quienes



Paseantes observan la figura de Tláloc enterrada en Coatlinchán **Fotografía** © Archivo Casasola, FN, Sinafo-INAH, Conaculta, México

a partir de su asentamiento previo siempre estuvieron al tanto de lo que ocurría en las bodegas y demás secciones. Uno de ellos fue el doctor Ignacio Bernal, con su eficiente comitiva, quien siempre se comportó como todo un personaje distinguido e importante. Lo había conocido brevemente como director del museo de Moneda: era alguien que nunca perdía detalle de los movimientos del acervo cultural y del personal en juego. Además, de alguna manera él había participado en el registro y más o menos sabía quiénes éramos, a donde estábamos, cómo y con quiénes podía reorganizarnos. Debo preciarlo de que en mi tránsito entre materiales y vitrinas de las novedosas salas, el director me invitó de pronto para ayudarlo en los trabajos extra que por igual le interesaban; me refiero en concreto a sus excavaciones en Dainzú, Oaxaca, donde colaboré bajo su dirección todos los fines y principios de año, desde 1967 hasta 1972: otra inolvidable aventura que a partir de entonces, y ya alejado del museo, me introdujo en ese hermoso estado del país, que no conocía. Los días del año corrían entre mi novedosa carrera, el museo y sus demás retos, hasta que de repente, y desde la dirección, fui solicitado para comunicarme la siguiente fecha de salida hacia Oaxaca: ¡otra nueva, muy agradable y emocionante “vacación” me esperaba!

Concluir mi escolaridad y estar preparado para recibirme fue otro cambio importante en mi vida, lo cual transformó además mi estatus. Dejé la bodega para integrarme a la flamante sección de Arqueología. Nuevos investigadores y más sorpresas variadas me esperaban, ahora bajo la dirección de alguien quien fue también muy importante en mi carrera: me refiero al finado doctor Román Piña Chan. De manera que, estrenando escritorio y una posición compartida con nuevos colegas, me sentí como fuera del planeta. Ya conocía a algunos investigadores, como la doctora Beatriz Braniff –que asimismo ¡en paz descanse!–, con quien concerté una muy abierta e inolvidable relación personal. Entre los demás investigadores estaba María Antonieta Cervantes (*Mayan*), Carlos Navarrete, Doris Heyden, Marcia Castro Leal, y varios más: toda una sección donde yo me ubicaba en “el tope académico”. Debo agregar que antes de concluir mi maestría y de que la ENAH se volviera a mudar hasta el novedoso local donde ahora se encuentra, participé en diferentes exploraciones; entre ellas, las que dirigió el propio doctor Piña Chan en la zona Queréndaro-Zinapécuaro, Michoacán, en 1966. Durante el año previo también colaboré como ayudante de la arqueóloga Noemí

Castillo Tejero para un rescate arqueológico en la presa Palos Altos de Arcelia, Guerrero, así como en otro novedoso proyecto de clasificación computarizada y adaptado para los materiales antropológicos, que coordinó la matemática Felicity Thomas. Asimismo participé como ayudante de la arqueóloga Beatriz Braniff en su proyecto del Bajío, Guanajuato. Cada vez me encontraba mejor adaptado e interiorizado en el nuevo museo, con nuevos retos y tantas actividades alrededor, siempre dispuesto a obtener una información antropológica más al día.

De esa misma experiencia en la sección de Arqueología obtuve otro nuevo impulso para mi carrera. En esta ocasión el director me nombró responsable de la importante Sala de Mesoamérica. Todo un reto que más que nunca me apresuró a recibirme, ya que la temática expuesta allí me adentró en esa maravilla de compromiso que es para la arqueología mexicana, a propósito del cual se ha discutido mucho sin dejar de ser un tema de actualidad. Sin olvidarme de las demás salas de exhibición, sus peculiares diferencias y aportes, yo necesitaba estar al día con los elementos que justo en esta sala se debían resumir y exhibir; un tema que retomaré enseguida. Ni qué decir del fabuloso mural que para ese mismo espacio diseñó y realizó el arquitecto Iker Larrauri, otro excelente amigo y colega, quien dejó como aporte su estupendo y activo reto artístico, entre los otros tantos detalles decorativos y didácticos de diferentes connotados artistas, los cuales asimismo se distribuyeron por el inmueble. Para otro desafío similar, y en compañía del amigo y colega Carlos Navarrete, fuimos nombrados a partir de 1969 como “peritos” ante la Procuraduría General de la República. Sin embargo, esa sensación de amistad y camaradería surgida desde que se organizó esta sección, se dio de tal manera que nos impulsó a todos a caminar muy cerca y del brazo. Como claro ejemplo, durante la manifestación social de 1968, todos salimos del museo de esa manera y marchamos a lo largo del Paseo de la Reforma hasta el Zócalo capitalino. Hubo por igual otras ocasiones que celebrar en conjunto, como durante el traslado de la enorme escultura en piedra que hoy se erige frente a esa misma avenida principal, como una simbólica bienvenida para los visitantes del museo, removida desde su ancestral ubicación en Coatlinchán, hasta donde nos trasladamos como corresponsables para traerla a su nuevo destino.

A partir de mi nueva ubicación, y otra vez gracias al doctor Piña Chan –quien se interesaba asimismo en

el occidente del país y en Michoacán en particular–, me hizo el favor de recomendarme con el profesor Eduardo Noguera, experto en los sitios occidentales del llamado horizonte Formativo. De manera que a partir de esos momentos, y aun cuando esta revisión trata del Museo Nacional de Antropología, no puedo dejar de lado ese otro desafío entre los tantos eventos que me han atado a esta institución. Gracias a ese importante investigador conocí un sitio que durante la década de 1930 él había conocido como El Opeño y ubicado en el municipio de Jacona. En su compañía reconocí la importancia de ese lugar, al cual me dedique de tal manera que sigo involucrado en su problemática cultural, desde la primera excavación que realicé en 1970, bajo mi total responsabilidad, si bien, como siempre, con el auxilio y apoyo del doctor Bernal. “Por disposiciones reglamentarias”, los restos humanos y objetos rescatados de tres de las tumbas excavadas los entregué para su depósito en la Bodega de Arqueología y en la sección de Antropología Física del mismo museo, esta última bajo la entonces atinada dirección del profesor Arturo Romano y la gentil Teresina Jaén –quien asimismo falleció en fechas recientes.

Por desgracia para el museo, la dirección cambió y todo lo programado se dispersó, de manera que debido a esa otra experiencia, debo confesar algunos males que tal situación me provocó. En primer lugar, encontrar que en la correspondiente sala dedicada al occidente mesoamericano sólo se exhibiera uno de los grupos de bellas figurillas modeladas en barro, así como dos o tres vasijas que por igual rescaté de una de las tumbas excavadas en tal sitio michoacano. Por lo pronto, considero que no se hizo justicia a la trascendente antigüedad que para el “occidente americano” tiene ese primario ejemplo de arquitectura funeraria, realizado de modo notable a partir del siglo XII anterior a nuestra era. Sin embargo, sí se exhibe la reproducción a escala natural de una de las tan conocidas tumbas de tiro, con lo cual se agrega otra confusión didáctica al tema, entre los otros tantos errores que por igual se han expuesto en esta misma sala, inclusive desde su entrada, donde por ejemplo, para referirse a los estados que integran ese “occidente cultural”, y en un enorme cuadro cronológico, sólo se señala el nombre de “uno de los municipios”, al mismo nivel de las demás entidades y como si fuera el nombre de tan importante estado. Sólo espero que ya lo hayan corregido, a propósito de mis abiertas y sinceras críticas. Con todo, ¡aún no lo puedo creer!

Algún defecto había de tener este majestuoso inmueble, o más bien alguno de los actuales curadores del mismo, ya que por medio de este artículo me permito expresar otras anomalías que por igual lastiman aquél, nuestro glorioso pasado arqueológico. Por ejemplo, experimentar que, a pesar de lo dicho arriba, en las oficinas de Antropología Física donde personalmente deposité los restos óseos rescatado en El Opeño, ahora resulta que ya no tengo acceso a los mismos, ante la “intransigente razón” de que el actual personal de la misma “ya me auxilió para lograr algunas identificaciones” –lo cual he agradecido mucho–, excepto que ahora se niegan a entender que no les pertenecen, que nadie más debería tener acceso a ellos sin mi autorización o acuerdo, y además de que no se han hecho todos los obligados estudios necesarios en la actualidad, cuando ahora se cuenta ya con novedosas técnicas de investigación. Simplemente la variedad y cantidad de restos óseos de seres humanos están metidos en cajas de cartón, como si se tratara de simples piedras. ¡Me parece increíble!

Menciono lo anterior por el gran contraste que hoy se observa en este edificio, el cual, para su inauguración, pudo resumir y “presumir de manera exitosa” la mayor parte de los conocimientos y detalles con los cuales este novedoso inmueble en verdad que se lució. Como otro ejemplo –y confieso mi ignorancia– no encuentro la razón de haber cambiado o cerrado la Sala de Mesoamérica, aunque quiero suponer que sucedió al confrontar la idea de que, en efecto, el museo desde siempre se definió como “nacional”, a pesar de que básicamente se circunscribe a su parte más reconocida y estudiada, que es Mesoamérica. De otra manera, el título de un “Museo Antropológico de Mesoamérica” pudo haber subsanado este nombre discriminativo que lo exhibe, como si lo nacional, antropológicamente, sólo correspondiera a la mitad sur del país.

Debo reconocer que en algún rincón hay alguna evidencia arqueológica, además de que en el segundo piso del edificio se exhiben algunas muestras de culturas etnográficas norteñas del país. Sin embargo, ni con mucho son claras, por lo cual pienso que no todo el público que accede al inmueble hace las conexiones culturales necesarias sobre esta gran nación. En este cambio o “error circunstancial” creo que, por igual, quedó en entredicho incluso el acceso a las salas de exhibición, toda vez que en la actualidad se ingresa por el lado izquierdo del vestíbulo, el que justo lleva a la Sala del Norte y después da acceso al restau-



rante. Esto es algo que dentro de la lógica original daba inicio justo por la derecha, desde donde, después de visitar la Sala de Mesoamérica, se exhibían las antiguas culturas del centro del país, hasta llegar al fondo central del museo, gloriosamente dedicado a la cultura mexicana o azteca. De manera que si en verdad se buscaba un cambio, este debió de ser total y con la lógica de los compromisos que tiene el INAH, los mismos que por fuerza deben ser nacionales. De una manera más franca y abierta, los arquitectos y otros especialistas involucrados, a partir de la inauguración dejaron abiertas las posibilidades que, desde su punto de vista, ofrecía esa visita lógica y hasta cierto punto congruente con el nombre del museo.

Este detalle, en apariencia simple y sin tanta importancia, fue uno de los que el doctor Guillermo Bonfil, durante su momento como director general del instituto, detectó y quiso corregir, en congruencia con ese sentido cultural y nacional que sí representa el INAH. Acepto que de manera personal me adherí a su idea de “descentralizar nuestra institución”, mediante la creación de los centros regionales, los cuales deberían cubrir y estudiar a todo el país, en todos sus rumbos y características particulares, por diferentes que sean. Así, para corregir tales contradicciones, de un modo original y activo, se crearon los centros del sureste y del

noroeste. A quienes nos tocó encargarnos de “asentar tal idea” fue al finado colega Norberto González, quien se ocupó del sureste, y yo, que me enfoqué en el noroeste: esa región tan alejada, donde constaté la reacción de territorios completos que no daban crédito a que se reconocieran y fueran aceptados sus particulares destinos e historias, más allá de los límites mesoamericanos. En particular, por lo visto y vivido hasta entonces desde “ese otro país”, con lo deslumbrante que resulte, como responsable y en coordinación con la doctora Braniff, nos involucramos en Sonora, Sinaloa y los dos estados de la Baja California: un enorme territorio muy rico en información y abundantes congruencias históricas y culturales. Por fortuna, y poco a poco, la situación ha ido cambiando, aun cuando las casi obligadas coordinaciones e instrucciones burocráticas han convertido aquellos centros de investigación regional en “centros estatales” que no siempre, ni de la manera más coordinada, desarrollan sus obligaciones de un modo lógico y congruente con el resto de las obligaciones culturales del INAH.

Las dinámicas culturales y sociales del museo

A pesar de lo dicho, me queda claro que el personal designado para la creación de este inmueble cumplió en

verdad con sus cometidos, aunque quizá no se haya cubierto el total de las exigencias de la sociedad mexicana en general. Hoy en día este inmueble es famoso y recibe a un importante número de visitantes nacionales y extranjeros, por lo cual se puede decir con toda certeza que la idea original para crearlo fue seriamente atinada en la mayoría de sus criterios. Los visitantes en verdad salen contentos y con la experiencia de haber viajado por el pasado de este país, aun cuando “no esté totalmente ilustrado”.

De una manera u otra, tras estos primeros 50 años ya es posible asegurar que, sin restarle méritos al museo de la calle de Moneda, esta obra surgió para el bienestar social y cultural del país. Por lo pronto hay una importante diversidad de actividades que dan cabida a la mayor parte de las solicitudes que se presentan para ser atendidas. Lo anterior lo puedo asegurar con todo y que mi estadía no fue muy prolongada, tomando en consideración que sólo viví y disfruté allí máximo unos 20 años: todo un tiempo lleno de experiencias y actividades plenas de satisfacción.

Por otro lado, en la corta temporalidad de éstas, mis vivencias, he quedado plenamente convencido de que fueron y siguen siendo claras, variadas y muy productivas. Mis 50 años personales en el INAH me han dejado un sabor muy agradable, pletórico de recuerdos positivos. El sólo hecho de hacer memoria de todos aquellos estados mexicanos, sus regiones culturales, las actividades llevadas a cabo en ellos, y recordar la lista de personas que a cada momento y en cada lugar he conocido o atendido, hace que sienta al museo como a un “hermano menor”. No me refiero de manera exclusiva al grupo intelectual o artístico que me ha tocado en suerte atender, sino al contacto con los visitantes de esas otras poblaciones que he elegido para vivir y trabajar, o en las que se me han encomendado desde la Dirección General, como la de ser director de la zona arqueológica de Monte Albán, nombrado por la gentil licenciada Franco, actual directora general del instituto.

De vuelta en el museo, y con la posibilidad de utilizar sus auditorios, he logrado organizar eventos con resultados positivos. Estos recintos son y han sido de igual manera importantes, ya que además de confortables, permiten a los investigadores programar seminarios, cursillos o desarrollar eventos con temáticas que obligan a organizar sus argumentos personales, puntos de vista o simplemente por el hecho de estar pendientes para que los visitantes se sientan bien

atendidos. Así, aun cuando dejé el museo en 1972, en verdad que no he podido desligarme de su fuerza, además de la atracción y pertenencia que siempre encuentro en él y su historial. Como ejemplo puedo mencionar cómo disfruté la ceremonia de reconocimiento a quienes cumplimos con los requisitos para obtener el premio anual a las mejores tesis de maestría o doctorado: en mi caso fui galardonado en 2005 por la culminación de un doctorado.

De esta manera, y acompañado de colegas y amigos en ésta, “mi otra casa”, en verdad gocé todos esos logros. Las experiencias que ha dejado la creación del museo, entre altas y bajas, me parece que nunca lograré olvidarlas. Allí quedarán, en nuestros íntimos archivos personales, siempre ligadas al total de nuestras intervenciones, ya de grupo, personales o en cualquier rumbo de este enorme y rico país.

¡Qué bueno disfrutar aún de este singular aniversario!, sin dejar de recordar con gran añoranza y mucho cariño a la cantidad de profesores, colegas y amigos que han adelantado su tránsito hacia “otros mundos”. Gracias por haberlos conocido en las tantas oportunidades que “nuestro museo” nos permitió tener: ¡feliz aniversario!

